La historia extensa de Colombia

Escribe: LUIS DE RIOJA

De la misma manera que todo lo que hoy ocurre pasa a la historia, no todo lo pasado tiene significación histórica por el hecho de haber sucedido.

La historiografía no es historia pero es el material que el historiador utiliza con criterio de sociólogo y da base a los hechos concretos, y por tanto sin generalidades retóricas desentraña el sentido de los mismos.

Sin un laborar paciente del investigador minucioso que nos ofrece el conjunto de los hechos del pasado, no es posible la comprensión del presente ni la mirada profética que prevé el porvenir.

El pasado gravita aún sobre Colombia y los pueblos del Nuevo Continente. Solo su conocimiento profundo nos explica las dificultades de su política, la gravedad de los problemas sociales y económicos, la índole de su cultura, y con ella la crónica de las preocupaciones de antaño. Unicamente considerando aquel pasado con su terrible gravitación en el presente, puede el estadista que no anda divorciado del historiador, delinear la acción redentora que ha de plasmar la sociedad futura.

Y teniendo esto en cuenta, el lector a quien haya interesado la relación prolija de una etapa de apariencia insignificante como fue la vida colonial, concluye agradeciendo al grupo de estudiosos que al auspicio de una academia memoriosa, ha escrito *La historia extensa de Colombia,* editada con las normas de la estética y pasión de artista del *Renacimiento* por Salomón Lerner —el ciudadano argentino ligado a Colombia por vínculos entrañables de ideas y de raza—, en treinta y seis volúmenes que constituyen una rara ejemplaridad en los países más cultos.

¿Cuál es el máximo problema de Colombia que nos descifra esta historia ordenada y discreta? La aparente confusión de sucesos colombianos se reduce a uno solo: la coexistencia de dos modos de vida. La vida nómada y la vida sedentaria. He aquí el hecho básico de que brota toda la historia de América. He aquí el secreto de que brota toda la historia humana. Es admirable la manera con que se sorprende el juego histórico: fundadores, conservadores, imitadores, destructores. Entre el arquitecto de la historia y su anarquista, una

Digitalizado por la Biblioteca Luis Ángel Arango del Banco de la República, Colombia.

cadena de hombres que se aprovechan; entre nómada y nómada, una cadena de sedentarios.

Cada uno de los diez volúmenes publicados hasta hoy es la manifestación de la duplicidad del español: el aventurero y el forjador de civilización.

Historiar un país en sus diversas épocas, es siempre empresa de interés trascendente si se hace con verdadera competencia, nuevos datos y metodización de los acontecimientos para ofrecer una exposición orgánica y lógicamente estructurada. En historia damos a la palabra su alcance. En la historia moderna, la de Macaullay, Taine, Carlyle, Tarde, Benedetto Croce y Tombie y predominan los signos.

Todo conocimiento es histórico, aun el de las ciencias naturales que salen del hecho para volver al hecho si no quieren el reproche que hacía Montaigne a la ciencia de su tiempo.

Y el conocimiento por excelencia es lo que Croce bautiza de Historia Eticopolítica. Esa historia que no solo subordina la determinación exacta de los hechos a la tarea más alta, y propiamente histórica, de ordenarlos en el mundo lógico del desarrollo moral, sino que invierte la consigna multisecular consagrada por Cicerón de que la historia es la maestra de la vida.

La aplicación del criterio científico a la historia colombiana debe ser saludado como una demostración de progreso en la vida del país; al mismo tiempo que señala el comienzo de una etapa en nuestra capacidad intelectual, es índice de que las sociedades indoamericanas se preparan a contarse como iguales entre las naciones civilizadas no solamente por su producción de petróleos, de oro, platino, y café, sino también de su mentalidad reflexiva.

La historia extensa de Colombia es la culminación de un esfuerzo infrecuente en nuestro país. Todas las grandes obras históricas han nacido de las exigencias prácticas del momento. Quienes hemos leído y sopesado la obra monumental, nos sentimos muy cerca de ella, de Colombia y de su mensaje.

Queda el concepto de raza desechado como base fundamental de todo hispanoamericanismo inteligente; tiene, sí un valor relativo en cuanto las llamadas características etnográficas informan las modalidades nacionales, siempre que esas características mantengan en cierto modo su pureza. Desde luego, lo que llamamos raza española, conjunto de cualidades físicas que originan maneras peculiares de pensar, y de sentir, puede ser el factor precioso para la creación de un ambiente favorable en el desarrollo de la cultura hispánica. Pero será insuficiente, como base de una obra constructiva fecunda. Puede representar una ventaja, pero nunca una garantía de unidad cultural permanente.

Y con el de la raza habrán también de realizarse para estimarlos en su verdadero valor, los tópicos de la historia, la tradición y los vínculos efectivos. Entiéndase bien que no negamos el valor real de esos módulos, lo que deseamos es contrastarlos mejor con esa realidad, para despojarlos de falsas atribuciones, hacerlos más eficaces.

Examinemos el tópico de la historia. Una historia común no significa siempre vinculación estre-

Digitalizado por la Biblioteca Luis Ángel Arango del Banco de la República, Colombia.

cha ni mutua influencia entre dos pueblos. Estos han podido relacionarse en la historia tanto por vínculos afectivos y unidad de intereses espirituales, como por sus resentimientos, sus rivalidades y las guerras que han reñido entre sí. En el primer caso la historia común ata; en el segundo, separa. Rara vez se convierte la comunidad histórica en lazo de amor y de orgullo en las glorias comunes. Más bien se trueca en cadena de rencores y malquerencia.

En el caso de España y los países americanos que hablan su misma lengua, la comunidad histórica no pudo ser más estrecha. Desde el descubrimiento hasta comienzos del siglo XIX estos territorios habitados fueron prolongaciones de España, sujetos en un todo a las vicisitudes sociales, políticas y económicas que atravesaba la Metrópoli. Fueron otras Españas sometidas a las nuevas condiciones geográficas y climáticas del medio y al roce de las razas indígenas. Desde la Península eran gobernadas; las leyes españolas las regían, las costumbres españolas se observaban; los libros españoles los que se leían, aparte de la unidad de religión y de idioma. Y el propio movimiento libertador fue en un principio rebelión de españoles contra quienes intentaban oprimir a su patria lejana. José de San Martín, héroe máximo de la independencia argentina y el general Francisco de Miranda precursor de la independencia de Venezuela y de la Nueva Granada contra el poder ibérico también intervinieron en la revolución francesa. Miranda fue a Rusia y a Italia en los ejércitos revolucionarios hasta que el absolutismo de Fernando VII terminó con su vida en las prisiones de Cádiz.

Mas esta positiva vinculación histórica se tornó en negativa al definirse la lucha emancipadora. Y ella ha sido la que ha perdurado en el recuerdo. Ahora bien: para que la vinculación histórica pueda ser base de un eficaz hispanoamericanismo, debe ser efectiva y estribar en tendencias unificadoras, en comunidad de caracteres, aspiraciones e intereses, no en luchas y discrepancias. Dada la manera tendenciosa como ha venido a ser estudiada esa historia, solo ha comportado para los países hispanoamericanos el recuerdo, no muy grato de su inferioridad colonial y de los desaciertos políticos y económicos de España.

Es necesario, por consiguiente comenzar la vindicación histórica de España. Es preciso eliminar especies tradicionales para dejar patentizada la epopeya española en el Nuevo Continente. Es imperativo poner las cosas en su punto distribuyendo en forma justa entre España y las condiciones universales de la época, los defectos y las virtudes, los errores y los aciertos.

España ha descuidado incomprensiblemente su propia historia en América dejándola en manos de extraños, interesados en tergiversarla y hacerla desfavorable. Hasta tiempos todavía recientes no ha comenzado a defenderse de las falsas imputaciones de que ha sido víctima su obra descubridora y de colonización. Cuando los pueblos de hispanoamérica disipando los viejos prejuicios conozcan con mayor justicia y verdad la acción de España en el Nuevo Mundo, sentirán intensificarse el orgullo de sus orígenes, comprenderán cuánto deben a la vieja Metrópoli, la excusarán de tantos errores que no fueron privativos de ella, sino peculiares de

Digitalizado por la Biblioteca Luis Ángel Arango del Banco de la República, Colombia.

su tiempo, y apreciarán la conveniencia de continuar unidos por las raíces del gran tronco común de que recibieron y sigan recibiendo savias vivificantes en abundancia.

Hasta ahora los pueblos hispanoamericanos comienzan a saber que su vida fue precaria y difícil hasta que los puertos se abrieron al comercio gracias a la independencia y sus regímenes políticos y económicos pudieron liberarse de los que tanto perjudicaron a España. Han olvidado en apariencia la parte positiva, esto es: el tesoro heredado del idioma, del arte, del cristianismo, de la cultura, de una organización colonial que con todos sus vacíos superaba la de otras potencias que en tiempos muy posteriores se entregaron a empresas colonizadoras. Han olvidado la creación de centros urbanos florecientes, de universidades ilustres y de las primeras imprentas.

La historia de la civilización de América, dice un pensador de nuestra hora, requiere como tema propio el conocimiento de la civilización española, especialmente en sus costumbres y letras a partir del siglo XVI.

Pero aun suponiendo reivindicada en justicia la acción de España en América, el tópico de la historia presenta otra faceta para el hispanoamericanismo. Y es que los países del hemisferio quieren tener su historia nueva. Es el blasón que necesitan para dar pátina de nobleza, de personalidad de pueblos jóvenes. Esa historia, naturalmente, parte de la Epopeya independista. La sensibilidad histórica de estos pueblos comienza en 1810 y antes únicamente afloran las nebulosidades de la prehistoria. Los epígonos de la independencia son sus dioses mayores. Con ambiciosa facultad rememorativa llenan las páginas de sus ciclos de autonomía con hombres y episodios eternos. Si recuerdan los vínculos históricos con España es para equipararlos con las hazañas de sus próceres, y en consecuencia, juzgarlos con severidad y renegarlos fácilmente.

No es que los pueblos de América no quieran volver la vista hacia el pasado. Ello será absurdo e imposible para todo país como para todo individuo. Aunque bien orgullosos del espléndido panorama que se les ofrece hacia el futuro, sienten la necesidad de ahondar lo pretérito, revisando el camino recorrido. Es el mejor de asegurarse de que no han marchado por sendas extraviadas. No se muestran dispuestos a detenerse en un descanso impropio de su dinámica juventud, pero tampoco pueden caminar hacia adelante sin que la experiencia de una tradición histórica les oriente. Sienten como todas las comunidades humanas que la hora es inteligible como resultado del movimiento histórico anterior y como base para ulteriores prosecuciones y que reuniendo el recuerdo del pasado, la conciencia del presente y la voluntad del futuro en la unidad de una intepretación despejable, pueda injertarse en la historia la sangre de la vida. Por otra parte, la imaginación popular necesita héroes que admirar, altos ejemplos humanos para dignificarlos como modelos, glorias que contraponer a las de otros pueblos. En suma, necesitan de una historia propia, que, sin ser rémora para el avance, como sucede a los super-estados de Europa, sea ejemplo y estímulo para las nuevas generaciones de la patria.

Digitalizado por la Biblioteca Luis Ángel Arango del Banco de la República, Colombia.

Esa historia propia hasta ahora partía de la odisea liberadora. Ese umbral de luchas y pasiones no podía proponer un posterior desarrollo histórico para los sentimientos favorables a España. Pero la historia hispanoamericana se entronca, en realidad, con la historia entera de España y en ella tiene sus raíces más fecundas. Mientras mejor vaya siendo conocida tanto más la sentirán estos conglomerados y no olvidemos que en Sevilla y Madrid siguen viviendo las fuentes paleográficas de la historia americana. En los cabildos castellanos tuvo su origen el sentido democrático de esa historia. Españoles fueron los fundadores de las urbes de América, los padres de sus libertadores y en la lengua de Cervantes y de Lope están escritas y siguen escribiéndose las gestas de las nuevas repúblicas.

La tradición peninsular pudo interrumpirse en la historia interna, pero siguió corriendo por los cauces de la infrahistoria y aún alimenta la linfa generosa de ese río vital.

Y en esta hora intensamente trágica de la humanidad, en que la noble Europa se desangra todavía en las huellas de la guerra universal, es preciso que se oiga un grito salvador de perescrutaciones del futuro. Ese grito no lo puede lanzar Europa dolorida, tiene que salir de nuestra América. Hay que buscar en un nuevo humanismo las paralelas para reconstruír el mundo del mañana.

Los iberoamericanos de la era atómica y de todas sus complejidades debemos defender la tradición cultural y aceptar las corrientes ideológicas foráneas, cuando ellas se adapten a la realidad y sean propicias a nuestro desenvolvimiento. Tengamos conciencia de las analogías históricas, de nuestra personalidad como naciones de características privativas, porque unidos los de Iberoamérica en un propósito común y en la eficaz cooperación de los españoles ilustres, nos será posible actualizar el sueño ecuménico de Bolívar e influír por vez primera en forma decisiva en el drama de la historia universal.

Digitalizado por la Biblioteca Luis Ángel Arango del Banco de la República, Colombia.